

MADRID Y EL INMIGRANTE



1. EL CRECIMIENTO

EMILIO LARRODERA.
Director Técnico de la Comisión
del Área Metropolitana de Madrid.

En 1561, al iniciarse los despachos reales en la Villa de Madrid, este trozo de suelo hispano que hasta entonces pasaba casi inadvertido entre los viejos solares castellanos cargados de historia, se incorpora al concierto de las capitales europeas.

Madrid, con sus poblamientos primitivos de singular importancia, aunque de insegura localización, ha nacido plenamente a la historia con los musulmanes, apoyado su caserío sobre un vado, defendiendo accesos y protegiendo a Toledo de las incursiones cristianas. La abundancia de sus aguas permite asegurar hasta qué punto este don de la Naturaleza influyó en el asentamiento de la primitiva villa y cómo, en consecuencia, la agricultura fué la base económica, principal soporte durante siglos de sus pobladores.

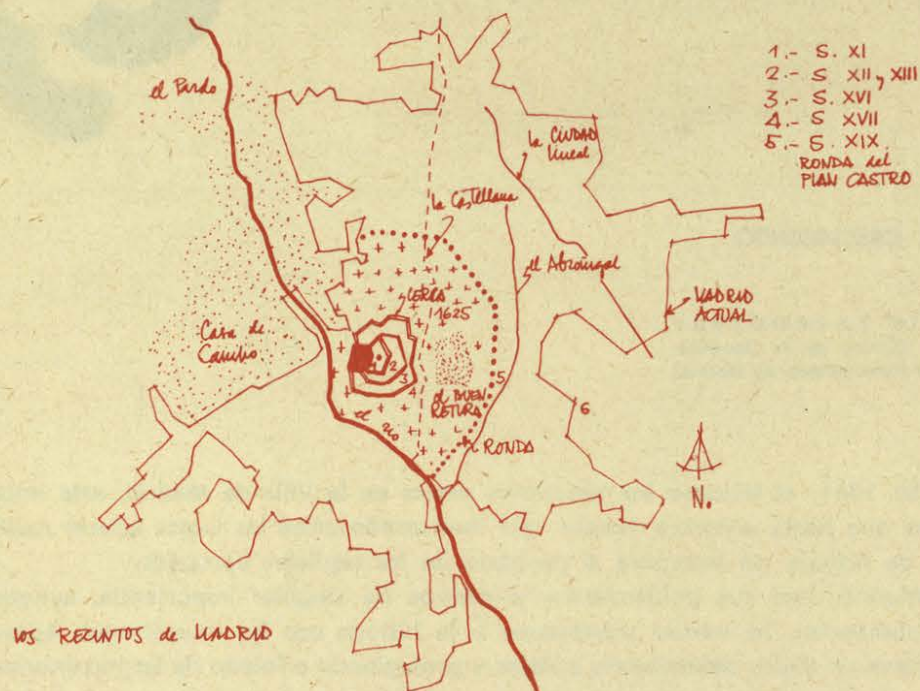
Parece lógico pensar que la bondad del suelo y la abundancia de sus aguas subálveas constituyesen ya en aquellos siglos una llamada hacia pequeños núcleos contiguos, y por ello, al conquistar Alfonso VI la villa en 1083, habría posiblemente entre los habitantes del Magerit musulmán agricultores procedentes de las zonas centrales de la Península.

Como ciudad medieval, y a partir del siglo XII, la villa crece estimulada por privilegios, es villa de cristianos, moros y judíos y entre los primeros, por la situación estratégica de la población, han debido aparecer sin duda nuevas aportaciones de gentes de la meseta o de francos del exterior, que, juntamente con el judío comerciante y el moro aborígen, van constituyendo su base étnica. La actividad predominante sigue siendo la agricultura y la ganadería, con una artesanía y comercios reducidos, por lo reducido de la población.

El Fuero de Madrid de 1202 permite, a través de sus Leyes, conocer, junto con las características de las comunidades que integran la Villa, su carácter agrícola. La reconstrucción de su recinto hace posible aventurar la hipótesis de un Madrid de 3.000 a 4.000 habitantes en los siglos XII y XIII. Conforme avanza la Reconquista y la villa va adquiriendo confianza en su seguridad, los arrabales surgen exteriormente al primitivo recinto, a lo largo de los caminos, y a Madrid siguen acudiendo nuevos pobladores de su caserío.

Al finalizar el siglo XV puede estimarse que Madrid ha alcanzado una población de unos 10.000 habitantes. Con estas características de villa medieval de reducida importancia le llega su mayoría de edad, al fijarse en ella la Corte con carácter permanente. Tiene a mediados de este siglo XVI unos 14.000 habitantes y sobre la flamante Corte se inicia la fuerte inmigración que en el futuro ha de persistir con carácter ininterrumpido y por causas diversas.

En la España del siglo XVI las tres ciudades más importantes son Sevilla, Granada y Toledo, que inician el siglo con 90.000, 70.000 y 33.000 habitantes y lo terminan con 120.000, 80.000 y 73.000 habitantes. Tras ellas Madrid, Barcelona y Valencia, que al final de siglo tienen a su vez, aproximadamente, 50.000 habitantes. Zaragoza, Córdoba, Valladolid y Cádiz pasan en estos años de 20.000 a 30.000 habitantes, sobrepasando a las viejas ciudades castellanas como Segovia y Salamanca, que sólo a finales de siglo alcanzarán



25.000 habitantes, para en el siglo siguiente iniciar o proseguir un proceso de despoblación acelerada que en algún caso como Segovia y Salamanca va a dar lugar a una reducción de su población hasta la mitad.

Al iniciarse el siglo XVII Madrid tiene 50.000 habitantes, lo que ha supuesto que en los últimos cuarenta años del siglo XVI ha aumentado 36.000 habitantes, que, aun contando con un crecimiento vegetativo fuerte, por lo menos 30.000 de ellos son debidos a la inmigración. Los despachos de Corte, las dependencias de la Administración se trasladan a sus nuevas instalaciones y con ellas toda la gama de funcionarios y servidores del Estado, que bajo la sombra cercana de las secretarías halla o busca cobijo para su vocación sedentaria. Con ellos la fauna pintoresca del aspirante al cargo, a la protección o al favor. La nobleza, en principio remisa a abandonar sus viejos feudos, inicia asimismo su traslado y con ella los comerciantes, artesanos y menestrales, que ven en la capital nuevas posibilidades.

El siglo XVII confirma el proceso de aumento de la población madrileña. En 1625 son ya 70.000 habitantes, y al finalizar el siglo se alcanzan los 100.000. En aquellos momentos París tiene 210.000 habitantes, Londres y Roma 150.000 y Sevilla, que sigue siendo la primera capital de España, 120.000.

La gran masa de aluvión de finales del siglo pasado y las nuevas remesas de inmigrantes se sitúan sobre ese Madrid "patria de todos", que Teixeira, en su plano de 1625, ha legado como reflejo de la modestia urbanística de la capital de un gran Imperio que inicia ya su decadencia.

A finales del siglo siguiente, y en el Censo de Floridablanca de 1797, la población de Madrid es de 167.000 habitantes. El crecimiento en este siglo ha sido menor y la capital sigue dentro de los límites de la cerca de Felipe IV.

Ya en el siglo XIX, en el censo de 1857, la población censada es de 281.170 habitantes. Con Isabel II, años después, la capital tiene, a pesar de su inestabilidad política, el segundo gran aumento, comparable al del siglo XVI. Basta señalar que en algo más de cuarenta años se duplica la población, que ve finalizar el siglo con 576.538 habitantes. El incremento se verifica fundamentalmente entre los años 1860 a 1877, ya que hasta fin

de siglo, prácticamente, se paraliza por la depresión económica que lleva consigo la pérdida de las colonias.

Estos años isabelinos son los que transforman radicalmente la fisonomía de la corte. Desaparece la cerca de 1625, se termina el paseo de la Castellana y se transforman los abastecimientos de agua y gas. La instalación del ferrocarril coadyuva poderosamente al traslado de nuevos ciudadanos a la capital. Años en que se planean los ensanches de la ciudad, necesarios para poner fin a tanto desorden, consecuencia de la incesante llegada de las nuevas gentes.

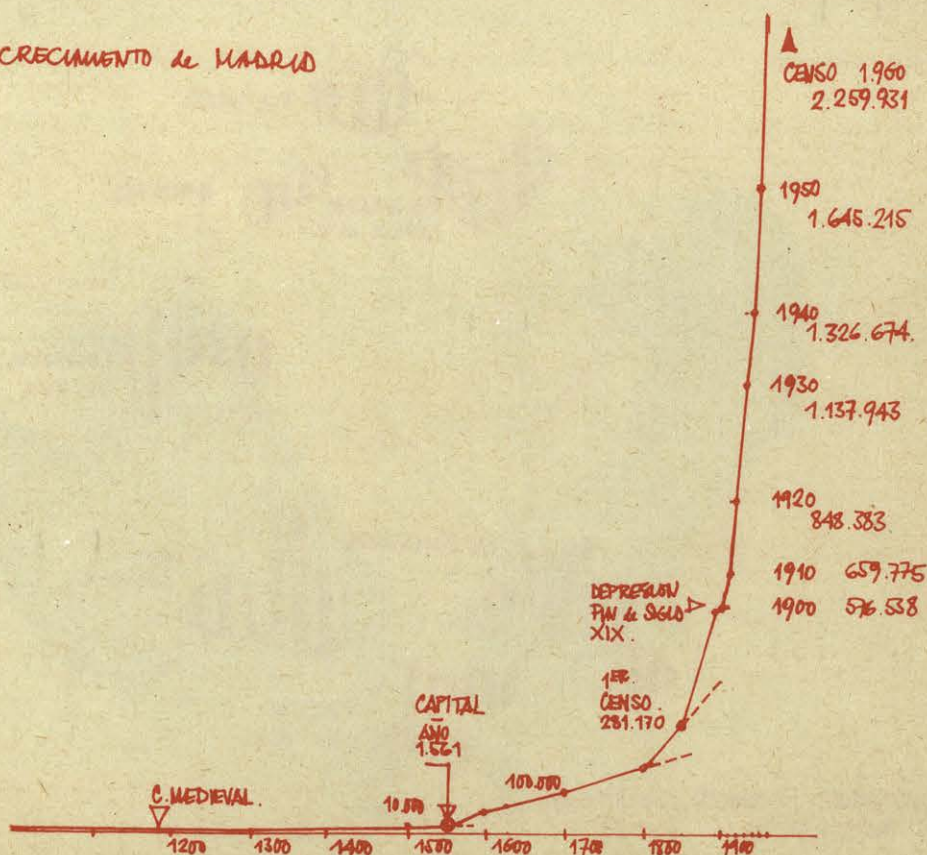
A la función burocrática y oficial la Corte va sumando otras funciones de carácter cultural e incluso sobre la antigua artesanía se va configurando una cierta industrialización. La expansión urbana hace surgir, junto al ensanche ordenado, el extrarradio confuso a lo largo de caminos hasta llegar a los términos municipales contiguos. Es la misma forma de expansión ya experimentada en los siglos XVI y XVII, cuando la mayoría de edad de la villa.

El siglo XX ve acelerar el proceso de crecimiento de Madrid y por ello su crecimiento urbano. La estadística va dando, a través de los Censos, las siguientes cifras:

Años	Habitantes	%
1900	576.538	—
1910	659.775	14,44
1920	848.383	28,59
1930	1.137.943	34,13
1940	1.326.674	16,59
1950	1.645.215	24,01
1960	2.259.931	37,36

NOTA.—Población de hecho incluída la de los municipios anexionados.

CRECIMIENTO de MADRID



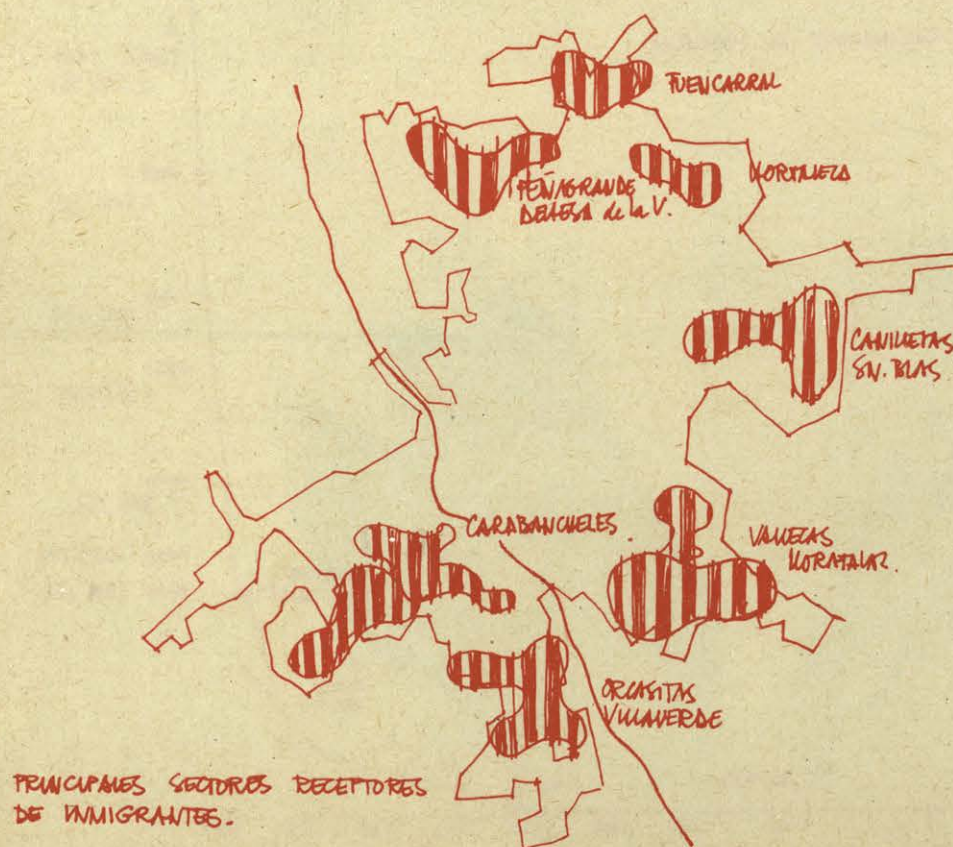
En estos sesenta años el crecimiento de Madrid ha sido del 391,98 por 100, cuando en este mismo plazo el de España fué del 38,9 por 100. El fenómeno universal de la concentración urbana se acusa en forma singular en la capital de España. Madrid crece y repercute su progresión en el entorno de municipios inmediatos o de aquellos que con circunstancias geográficas de asentamientos favorables están bien relacionados con la capital por carretera y ferrocarril. Pero todo ello en tono débilmente acusado, puesto que el desequilibrio, por ejemplo entre capital y provincia, es cada vez mayor, pues si en 1900 la población de la capital suponía un porcentaje del 69,7 por 100 sobre el total provincial, en 1960 se alcanzaba el 86,71 por 100.

2. LA INMIGRACION

Factor de trascendencia decisiva en el crecimiento de Madrid ha sido, a lo largo de su historia, la INMIGRACION. El proceso de esta inmigración ha sido el correspondiente al de la conversión de una villa en la Corte de España y posteriormente su transformación en la capital de un Estado moderno y en una ciudad industrial.

La centralización de la administración, de las comunicaciones nacionales y la adquisición de un volumen de población importante, justificante de una mayor demanda de servicios, son factores que han supuesto, con la industrialización de los últimos veinte años, la creación de una gama ininterrumpida de actividades que creaban nuevos puestos de trabajo o expectativas.

A veces el crecimiento de la capital se debe única y exclusivamente a la inmigración, y no hablemos sólo del siglo XVI, cuando la villa se transforma en Corte. Los si-



glos XVIII y XIX marcan en sus finales tasas de crecimiento vegetativo muy débiles, nulas o incluso negativas y el crecimiento de Madrid obedece al movimiento migratorio. En el actual siglo, los primeros años, los años 1917, 18 y 19 y los de la guerra civil dan lugar, asimismo, a tasas negativas del movimiento natural de la población, que únicamente a partir de 1943 recobra un vigor en el crecimiento vegetativo. Este crecimiento vegetativo madrileño—señala el profesor Ballester Ros—es siempre inferior al nacional, a excepción del año 1929, y desde 1955, en que comienza a presentarse con tasas bastante superiores a las medias de España.

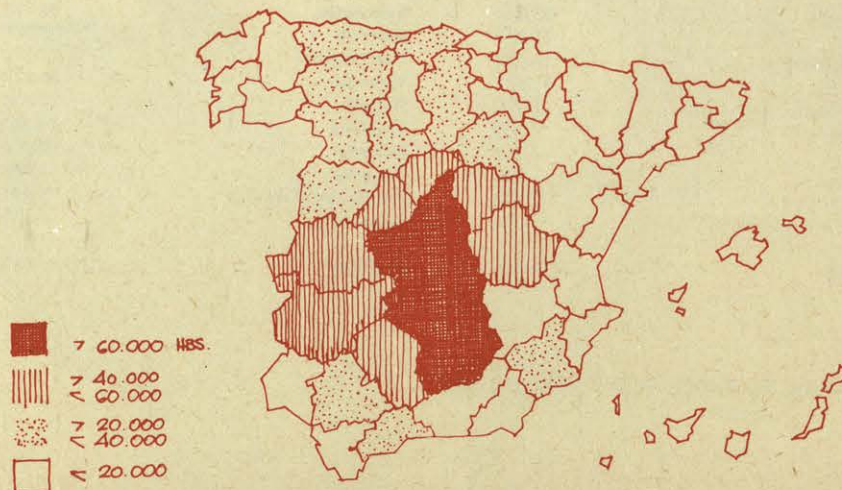
De la composición por lugar de origen de la población madrileña se llega asimismo a la conclusión de la importancia extraordinaria de la aportación inmigratoria, ya que solamente el 45,95 por 100 de los habitantes de Madrid son nacidos en Madrid:

CUADRO 1

PORCENTAJES DE LA POBLACION TOTAL DE MADRID EN 1960, POR LUGAR DE NACIMIENTO, EN ORDEN DECRECIENTE

MADRID, CAPITAL	45,95	28. Palencia	0,72
1. Toledo	4,78	29. Valencia	0,64
2. Jaén	3,31	30. La Coruña	0,63
3. Ciudad Real	2,69	31. Barcelona	0,61
4. Madrid, provincia	2,63	32. Albacete	0,61
5. Guadalajara	2,58	33. Vizcaya	0,59
6. Avila	2,46	34. Navarra	0,45
7. Segovia	2,25	35. Alicante	0,43
8. Badajoz	2,11	36. Guipúzcoa	0,43
9. Cáceres	2,00	37. Logroño	0,42
10. Cuenca	1,86	38. Almería	0,41
11. Córdoba	1,76	39. Pontevedra	0,37
12. Extranjero	1,66	40. Orense	0,35
13. Valladolid	1,48	41. Huelva	0,33
14. Oviedo	1,48	42. Alava	0,19
15. Salamanca	1,41	43. Huesca	0,18
16. Burgos	1,41	44. Teruel	0,18
17. Murcia	1,07	45. Otras provincias	0,17
18. León	1,04	46. Baleares	0,11
19. Sevilla	0,99	47. Las Palmas	0,11
20. Santander	0,97	48. Tarragona	0,10
21. Málaga	0,94	49. Castellón	0,09
22. Zamora	0,93	50. Santa Cruz	0,08
23. Soria	0,88	51. Lérida	0,08
24. Zaragoza	0,77	52. Gerona	0,07
25. Granada	0,75		
26. Cádiz	0,75		
27. Lugo	0,74		

POBLACION TOTAL 1960: 2.259.931 hab.



POBLACION TOTAL de MADRID por LUGAR de NACIMIENTO

CIFRAS ABSOLUTAS. 1960.

Con lo citado se señala bien claramente la aportación inmigratoria a la capital, que si en principio fué sólo debida al cortesano y a los servicios de capitalidad que iban creando nuevas necesidades, luego se incrementaron a partir del siglo XIX, por la creciente centralización administrativa y cultural, y en los años últimos por la creciente industrialización. Proceso no sólo de impulso oficial, sino incluso de empresa privada, deseosa siempre de tener su central o delegación cerca de la administración central. Y todo ello unido a las nuevas actividades que crea la gran ciudad. Adam Smith señaló:

"Hay algunos tipos de industria, incluso de la clase más baja, que no pueden ser realizados en cualquier parte, sino en una gran ciudad. Un mozo de cuerda, por ejemplo, no puede encontrar trabajo ni subsistir más que en una gran ciudad..."

Por ello, y cuando se habla de la necesaria descongestión de la capital de España, no sólo es el aspecto industrial el que hay que considerar en todo su alcance, sino que existen otros condicionantes de su crecimiento y, en forma concreta, de la inmigración que se originan en otro tipo de actividades, muchas de ellas marginales al crecimiento industrial.

Es interesante examinar, en el cuadro 2, el proceso de aportación inmigratoria a la capital de España, cuyo volumen actual ha quedado constatado en el cuadro 1.

Sobre una población total que en cuarenta años se ha triplicado, y entre las regiones de aportación sustancial cabe señalar:

- 1.º El aumento de los extremeños, que multiplican por 8,5.
- 2.º El aumento de los andaluces, que lo hacen por 5.
- 3.º El descenso de gallegos y aragoneses, cuyo aumento no llega a duplicar.

CUADRO 2

NO NACIDOS EN MADRID RESIDENTES EN MADRID POR REGIONES EN ORDEN DESCENDENTE

Año 1920		Año 1960	
Castilla la Nueva	120.158	Castilla la Nueva	333.454
Castilla la Vieja	95.547	Castilla la Vieja	243.068
Andalucía	42.817	Andalucía	211.611
Galicia	25.380	Extremadura	94.252
León	23.420	León	77.621
Asturias	15.776	Galicia	47.882
Murcia	13.817	Murcia	38.564
Extranjero	13.347	Extranjero	38.108
Aragón	13.020	Asturias	34.028
Vascongadas	12.022	Vascongadas	27.796
Valencia	11.977	Valencia	26.874
Extremadura	11.150	Aragón	25.350
Cataluña	7.174	Cataluña	19.847
Navarra	4.709	Navarra	10.220
Baleares	993	Canarias	4.205
Canarias	744	Provincias africanas	3.894
Provincias africanas	393	Baleares	2.448
MADRID	750.896	MADRID	2.259.931

SI LA REFERENCIA SE HACE POR PROVINCIAS

A finales del siglo XIX las provincias con mayor aportación emigrante eran, además de la propia provincia de Madrid, las de OVIEDO, TOLEDO, GUADALAJARA y SEGOVIA, con porcentajes que oscilaban entre el 4,5 y el 3 por 100. Las de menor influencia en la

población madrileña eran las provincias insulares, las catalanas, Huelva, Orense y Pontevedra.

Veinticinco años después se incorporan a las provincias en cabeza, en emigración hacia MADRID, las de JAEN y CIUDAD REAL, a la vez que reduce su tasa, como consecuencia de su industrialización, OVIEDO, y esta tónica se mantiene en los años posteriores, con la incorporación en los últimos censos de las poblaciones procedentes de las provincias extremeñas.

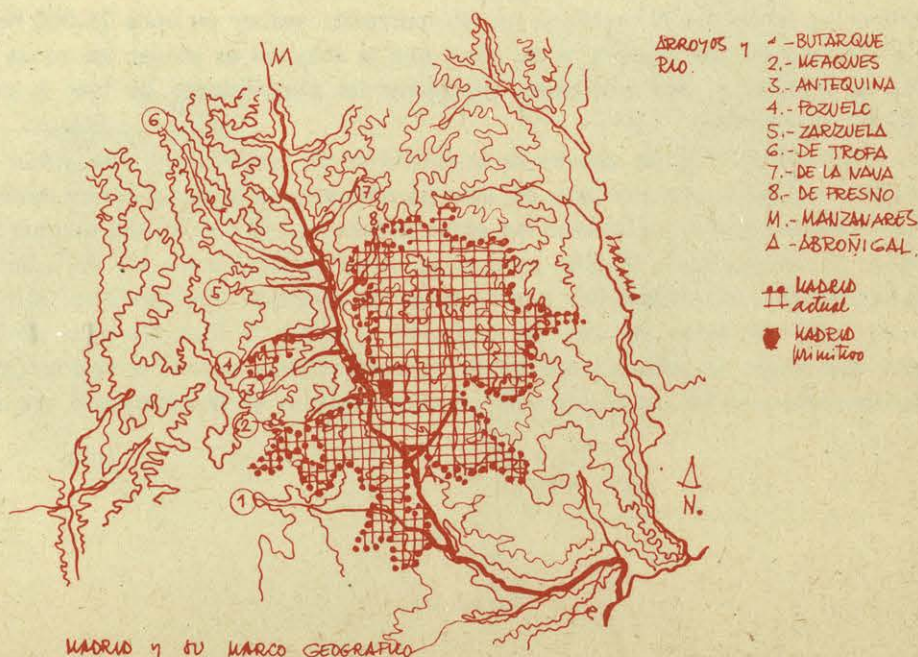
En 1960 el orden de provincias productoras de emigrantes hacia Madrid era el siguiente: TOLEDO, JAEN, CIUDAD REAL, MADRID, GUADALAJARA, AVILA, SEGOVIA, BADAJOZ, CACERES, CUENCA y CORDOBA, etc., orden que, con pequeñas variaciones, se mantiene en la actualidad, ya que, por ejemplo, el movimiento demográfico, en abril de 1965, mantenía prácticamente el mismo orden en los nuevos empadronamientos, salvo una mayor afluencia en las provincias extremeñas y una reducción en la provincia de Madrid. El orden descendente era: TOLEDO, CACERES, BADAJOZ, CIUDAD REAL, JAEN, SEGOVIA, AVILA, GUADALAJARA, CORDOBA, CUENCA, provincia de MADRID, etc.

En esta fecha, abril de 1965, el crecimiento vegetativo suponía el 55 por 100 del crecimiento total, y el migratorio el 45 por 100.

Madrid, con su atracción, contribuye al despoblamiento de las zonas interiores más próximas, de tal forma que tal como se señalaba en la Memoria del Plan de 1961, si volviesen los inmigrantes a sus lugares de procedencia, habrían elevado el CENSO de 1960, de la provincia respectiva, de la siguiente forma:

Provincias	%
GUADALAJARA	32,2
AVILA	27,9
SEGOVIA	26,3
TOLEDO	21,6
CUENCA	13,4
SORIA	13,3
CIUDAD REAL	10,8

etcétera.



El reflejo de este aumento sería inapreciable en las provincias insulares y en buena parte de las del litoral o de la zona pirenaica Navarra-Huesca-Lérida y Gerona, en las que la migración es reducida o bien se halla bajo la atracción de otros focos; Barcelona y el Norte industrial entre los más destacados.

Los últimos datos estimados señalan que el aumento migratorio, en la actualidad, supone en Madrid un crecimiento anual del orden del 1,6 por 100, en tanto que el crecimiento vegetativo es del orden del 1,9 por 100. Lo que supone que se mantiene el crecimiento total anual similar al del pasado decenio 1950-1960, que fué del 3,73 por 100 anual. Debe señalarse la extraordinaria importancia que tiene el hecho de que tienda a consolidarse la constante aportación migratoria que produce año tras año un aumento de población procedente del exterior de tanta importancia como supone las cifras que oscilan alrededor del citado 1,6 por 100 anual. Baste señalar que con la población actual de Madrid, que es de 2.600.000 habitantes, el 1,6 por 100 anual de aumento migratorio equivale a unos 42.000 nuevos habitantes, con los que en el plazo de un año habrá que contar, además de otros 52.000 habitantes que proporcionará el crecimiento vegetativo.

Si se traduce a viviendas, solamente para los nuevos madrileños que se afinquen por primera vez en la capital en los próximos doce meses serán necesarias 10.000 viviendas, ocho unidades vecinales de 5.000 habitantes o su equivalente de cuatro unidades parroquiales de 10.000 habitantes. La magnitud del fenómeno migratorio, común en las grandes capitales europeas, y en general en los centros regionales de base económica en proceso de fuerte industrialización, plantea graves problemas de inadecuación de estructuras, cuyo comentario, por su amplitud, desborda por completo el marco de este trabajo.

La realidad actual es que las previsiones establecidas en el Plan del Area Metropolitana de Madrid están siendo desbordadas por un crecimiento de la población que, como ya se ha comentado, parece que tiende a mantener el acusado ritmo del decenio anterior. Más de 90.000 habitantes de exceso previsibles a finales de 1965 sobre la población estimada en el Plan señalan la urgencia de medidas correctivas que forzosamente deben orientarse a reducir el 1,6 por 100 anual de aumento por inmigración, de tal forma que contando con el otro sumando de crecimiento vegetativo del 1,9 por 100 anual, entre los dos no sobrepasen el 2,5 por 100 de tasa de crecimiento anual. Ello supone que hay que reducir el crecimiento anual migratorio del 1,6 por 100 anual al 0,6 por 100 en el mismo plazo, y que, por tanto, hay que absorber anualmente el 1 por 100, orientando su migración hacia otros lugares en donde se puedan encontrar los marcos socio-económicos que hoy se buscan en la capital. El problema es, de momento, reducir en unos 26.000 habitantes anuales el crecimiento de Madrid, y es claro que la solución es activar las zonas de descongestión de Madrid, y, por otra parte, considerar las posibilidades de fijar la población en sus puntos de partida.

Una consideración de las provincias productoras de saldo emigrante hacia Madrid, con tradición mantenida año tras año en este aspecto, señalan la necesidad de medidas promotoras de nuevos puestos de trabajo en estas provincias, de las cuales algunas son suministradoras de emigración a Madrid, pero otras, como Extremadura y las de la Alta Andalucía, aportan también sus excedentes a otros polos de atracción. En definitiva, el problema confluye con otros de áreas en fase de evolución al tema de Plan Nacional de Urbanismo, puesto que exige el señalamiento de las grandes directrices de la organización urbanística del territorio español, en función de las conveniencias de la ordenación social y económica.

